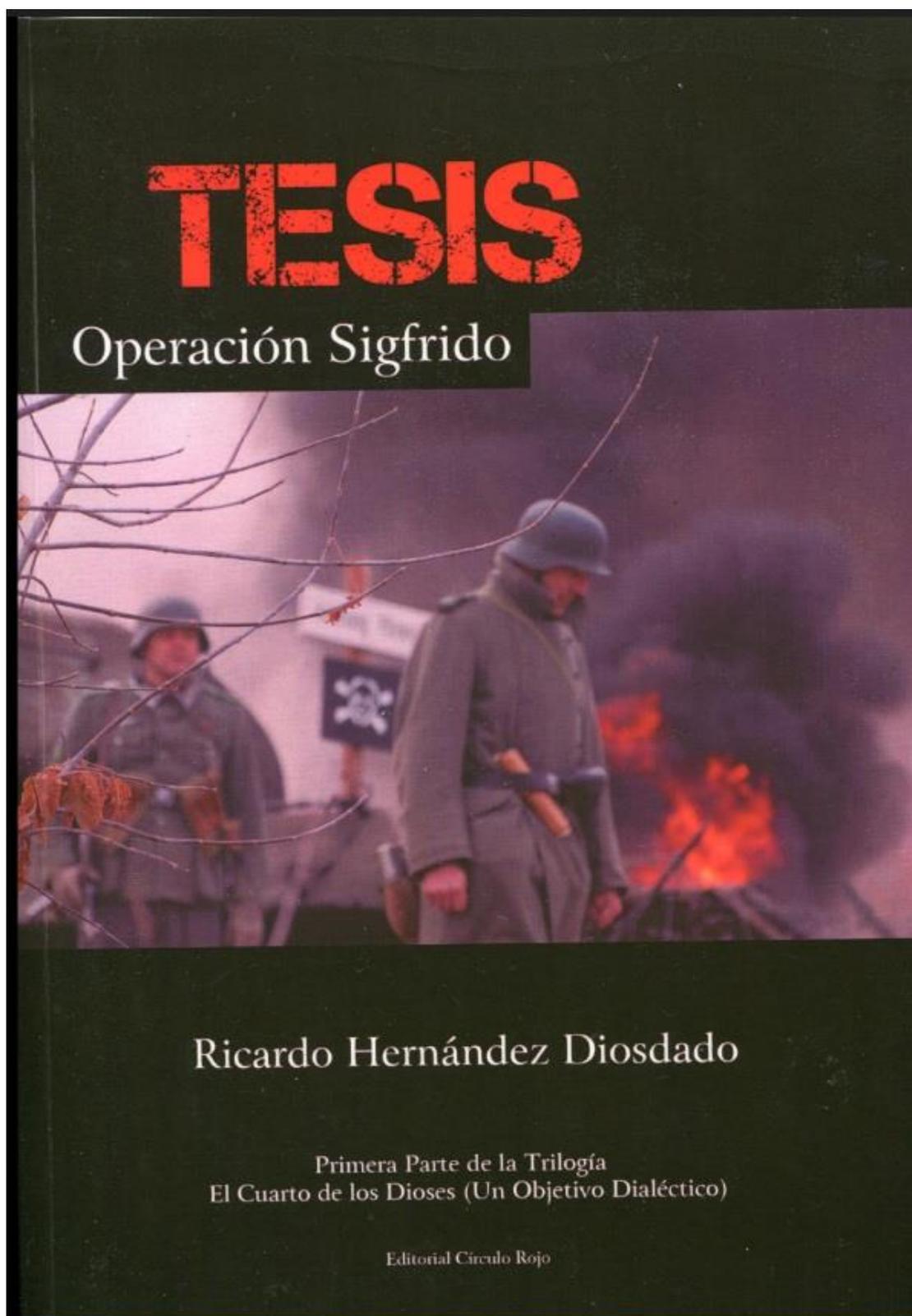


TESIS:
OPERACIÓN SIGFRIDO

PRIMERA PARTE DE LA TRILOGÍA:

EL CUARTO DE LOS DIOSES
(UN OBJETIVO DIALÉCTICO)

© RICARDO HERNÁNDEZ DIOSDADO



INTRODUCCIÓN

LA ALBORADA DE LOS NUEVOS DIOSES

Washington, domingo 30 de enero de 2033

El cielo aparece inmaculado hasta el horizonte, tras el Obelisco y la cúpula del Congreso, desde las escalinatas de Lincoln Memorial. Otto Karajan pasa el brazo derecho sobre el hombro de Ingrid Wagner, sentada a su izquierda. Ambos son rubios, jóvenes y atléticos. Los dos tienen los ojos azules, la frente despejada y un aire decidido.

Sobre el regazo de Ingrid reposa un pequeño ortoedro de múltiples aplicaciones, que emite una música melodiosa y relajante. Vuelve la mirada hacia Otto, como esperando respuesta a una pregunta aún no formulada. Sin embargo, Otto Karajan sabe bien en qué consiste y se limita a encogerse de hombros sin articular palabra. Miran alternativamente el aparato inerte y luego el uno al otro.

Son las once; una noticia, que debería haberse producido ya, está demorándose de forma incomprensible. Otto besa, casi rozando, los labios de su compañera y hace un gesto doble con la boca y la mano izquierda, indicando, con el fruncir de labios y la palma y los dedos abiertos, que tenga paciencia. No hay duda que el hecho tendrá lugar y de la noticia se harán eco todas las emisoras. Es posible —piensa Ingrid— que haya sucedido y aún no lo conozcan los medios de difusión.

Otto se pone en pie, mueve los brazos y pisa el suelo con fuerza para combatir el frío que, a pesar de su fortaleza, le atenaza los miembros. Los dos van abrigados con pellizas marrones orladas en el cuello con pieles de marta, pero la inactividad de la última hora sentados sobre las escalinatas y la impaciencia han comenzado a aterirles. A Ingrid también; imita a su compañero y, tomando en la mano el versátil ingenio, se levanta a su vez. Al tocar la pantalla táctil, la emisora cambia y en la nueva, de la que surge una voz femenina algo entrecortada por ruidos, han comenzado a hablar del hecho. Ingrid ordena al aparato un ajuste de la sintonía y la voz se oye nítida:

... No se pudo hacer nada para salvar la vida del Presidente, que fue sacado del salón oval por los servicios de urgencia de la Casa Blanca, requeridos por el vicepresidente Tom Schneider

Éste, en rueda de prensa, explicó después lo sucedido a los múltiples medios de difusión. Indicó que, a los diez minutos de iniciado el encuentro previsto entre ambos y en el que se encontraban presentes el Secretario de Estado Lainus Daniels y Bill Hudson, el secretario personal del presidente Joseph MacCallum, el Presidente se llevó la mano al pecho y se recostó sobre

el regazo de Schneider, sentado a su lado. Al momento, abrió los ojos desmesuradamente y no tuvo tiempo de emitir más que un ruido sordo. Tras resbalar del sofá, se desplomó en el suelo. De inmediato, Schneider se inclinó sobre él y, con la ayuda de Hudson, lo tumbó sobre el asiento. Ambos comprobaron que había fallecido a causa de lo que calificó más tarde su médico personal de infarto cardiaco fulminante.

La reunión había sido promovida por el presidente, por iniciativa de Schneider, antes de partir hacia Europa. Se preveía abordar un asunto en el cual Schneider tenía mucho interés y sobre el que quería intercambiar puntos de vista con MacCallum antes de sus encuentros con los presidentes europeos.

No era otro que el que ustedes saben está en el candelero de la actualidad: la propuesta, ante la escalada de violencia y terrorismo y guerras en todo el mundo a niveles que jamás se han conocido antes, de una reunión plenaria de la Asamblea General de la ONU para examinar la moción presentada por tres naciones: Alemania, Canadá y Paraguay, y secundada hasta ahora por otras tres: Brasil, Argentina y España, de organizar y articular una confederación internacional de países, una especie de gobierno mundial; asunto complejo que, hemos sabido de fuentes bien informadas, era bien visto por el vicepresidente Schneider, pero no tanto por el fallecido presidente.

“No hubo tiempo de abordar ningún extremo del tema”, indicó Schneider a la prensa, “aunque ya les puedo decir que mi postura, como nuevo presidente, es favorable a apoyar el proyecto de confederación universal“. MacCallum, elegido en noviembre pasado, llevaba apenas quince días en el cargo. Ya en los meses precedentes a su elección y en los posteriores hasta la jura del mismo, no se había mostrado muy favorable al proyecto.

Prosigue después la locutora ofreciendo amplios datos sobre los protocolos para la ocasión, así como para la toma en breves minutos del juramento de Schneider ante el Presidente de la Corte Suprema. Siguen unos comentarios avalados y concretados por uno de los mayores expertos en derecho constitucional de la universidad de Georgetown. Otto e Ingrid ya no escuchan. Se han abrazado y, alborozados, saltan sobre las escaleras. Aunque el recinto del Memorial está casi desierto, cesan en sus expresiones de alegría para no levantar sospechas entre la ingente cantidad de policías que rodean la zona.

Contemplan una vez más los alrededores nevados de todo el estanque, que se extiende longitudinalmente con el monumento a Washington, el Mall y al fondo la cúpula blanca del Capitolio neoclásico. Otto, tomando de la mano a Ingrid, le dice mirando su armonioso rostro con chispeantes ojos de alegría:

—El primer asalto, y uno de los más importantes, ha finalizado con éxito. Vayamos a por el segundo.

—Sí, vayamos, aún queda bastante combate —apostilla Ingrid, no menos exultante que su compañero—. Un excelente regalo para conmemorar simbólicamente el centenario ¿verdad?

—En el CUARTO deben estar celebrándolo por todo lo alto —sonríe Otto—, en especial M.B., que al fin ve cómo se inicia con éxito el final de la misión que tanto tiempo y desvelos le ha costado organizar; y en una fecha tan señalada para él.

Moscú, martes 8 de febrero de 2033

Ingrid y Otto salen del hotel Kempinski de la mano como dos turistas enamorados. Han pasado las tres últimas noches en una de las *suites* nupciales del lujoso establecimiento; al hacer la reserva dijeron que estaban en luna de miel.

Atraviesan, junto a las rojas torres del Kremlin, el puente de Moskvoretsky sobre el río Moskva; procuran no resbalar en las placas de hielo formadas por las bajísimas temperaturas, que rondan los quince grados bajo cero cada noche y aún no han subido, a las diez de la mañana, de los diez. El cielo está cubierto, lo que propicia que el tiempo sea más soportable para lo habitual del invierno moscovita.

Aunque ya conocen el suceso por la radio, la televisión e internet, por puro regodeo desean afianzarlo leyendo la prensa escrita en inglés. Antes de llegar a la catedral de San Basilio, encuentran y compran en un kiosco el Herald Tribune. En la Plaza Roja, advierten una gran vigilancia policial, discreta pero evidente. Entre la catedral y el mausoleo de Lenin, ellos se guarecen junto a la muralla del Kremlin, cerca de la puerta de acceso para personalidades. Allí, ambos de pie, lee Ingrid la noticia en toda la primera página y con un encabezamiento en grandes titulares:

**MUERE EL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN RUSA IVÁN KRIENKO DE UN
ATAQUE CARDIACO**

**EL HASTA HORA VICEPRESIDENTE FEDOR PUSHKIN PASA A SER EL NUEVO
PRESIDENTE DE LA NACIÓN**

**Es el segundo mandatario mundial que fallece por la misma causa en una
semana**

Debajo, a cinco columnas, se amplía el hecho con todo detalle:

“En la tarde de ayer, y durante una reunión de Krienko con algunos ministros y el propio Pushkin, el presidente cayó fulminado en los brazos de éste, sin causa aparente, y murió en el acto. El vicepresidente logró sostenerlo, sin poder hacer nada por él. El Ministro de Sanidad, también presente, en su condición de médico, certificó la muerte de Krienko al parecer por un infarto cardiaco”.

“Es una extraña casualidad que, una semana después de la muerte del Presidente de Estados Unidos, se produzca la del Presidente de la Federación Rusa en circunstancias

muy semejantes y por idéntica causa. No obstante, ambas se deben a fallos cardiacos y son absolutamente naturales”.

“Krienko acababa de regresar, dos días antes, del entierro del presidente norteamericano Joseph MacCallum. Se había reunido con parte de su gabinete para estudiar las consecuencias de este deceso y también para abordar la propuesta de Alemania, Canadá y Paraguay de crear una confederación universal de países con objeto de combatir la creciente oleada de terrorismo, guerras e inestabilidad en el mundo. Al parecer, su postura no era muy favorable a esa medida, que estimaba era una dejación de la soberanía rusa. Sin embargo, se sabe de buena fuente que Pushkin disentía de la opinión presidencial. Algo semejante a lo que ocurría en los Estados Unidos con las opiniones del presidente fallecido y del ahora presidente Schneider”.

Ingrid deja de leer y ambos siguen caminando hacia el otro extremo de la Plaza Roja. A su derecha, los almacenes Gum han abierto las puertas. A la izquierda, ondea sobre el Kremlin la bandera a media asta. Otto Karajan coge del brazo a Ingrid y le susurra en alemán:

—Segundo asalto y segunda victoria. Como a las doce hemos de ver al doctor Mengele en el restaurante Boris Godunov, y eso está muy cerca de aquí, podíamos dar un paseo, mejor por las galerías acristaladas del Gum y evitar el frío.

—Muy bien. —Ingrid se aprieta contra el cuerpo de Otto y ambos giran hacia su derecha en el centro de la Plaza, cada vez con más cuidado para no resbalar—. Estoy deseando que lleguen las doce para que el doctor nos cuente su entrevista de ayer con Pushkin. Está claro que, como en Washington, todo ha salido perfecto —dice sin quitar los ojos del helado pavimento.

—Desde luego —coincide Otto—, pero debemos conocer los detalles de su conversación con Pushkin y los proyectos inmediatos de éste para seguir las líneas directrices del CUARTO. Y también preparar el tercer asalto, antes de marcharnos de Moscú. Creo que te compraré alguna ropa interior sugerente en las galerías. Vamos por allí, parece que hay menos hielo.

Tokio, miércoles 15 de febrero de 2033

Desde el observatorio del edificio Sumimoto, en el Shinjuku, el barrio de los negocios y los rascacielos, Otto, Ingrid y el doctor Mengele contemplan la extraordinaria vista. Están más pendientes de su conversación que de lo que desde allí les es dado divisar en la mañana azul, diáfana y no excesivamente fría.

El doctor Joseph Mengele tendrá unos treinta y cinco años, diez más que Otto e Ingrid, y es, a diferencia de ellos, delgado, moreno y de ojos oscuros. Aunque su postura es semejante a las de sus compañeros, tal vez algo más alto, su rostro denota haber vivido más y más intensamente y las arrugas de su frente quedan marcadas con frecuencia cuando con un gesto que es casi un tic enarca las cejas al terminar cada frase.

Desde aquel lugar puede verse muy cerca el hotel Hilton, en que se alojan los dos jóvenes. Por prudencia, Mengele lo hace en el Centry Hyatt, no lejano al otro y visible también desde la altura del edificio Sumimoto. A la izquierda está el complejo municipal de dos torres de cuarenta y ocho plantas cada una. Al otro lado, la torre Island, el edificio Mitsui, el hotel Keio Plaza y el edificio NS; y detrás, otros rascacielos completan el conjunto de este distrito que se denomina en la ciudad con el apelativo familiar de *shin toshin*: la otra capital.

Abajo, suenan con frecuencia sirenas de ambulancias, policía o bomberos. El día es especialmente intenso y movido en la insegura capital nipona. Mengele confirma con sus palabras lo que días atrás acordara con Pushkin en una conversación privada que mantuvieron en los jardines de la dacha del ahora Presidente de la Federación Rusa, en las afueras de Moscú.

—Ha cumplido lo acordado, tal como se le transmitió. Tanto él como Schneider se van ajustando al plan. Ya me he puesto en contacto con el CUARTO y están muy satisfechos. Sobre todo M.B., que me felicitó y me pidió que os lo hiciera extensible. La misión se está cumpliendo tal como estaba proyectado, aunque aún queda mucho camino por recorrer; tal vez el más duro y difícil y también el más peligroso.

A pesar de lo que pudiera parecer por las palabras del doctor, Otto e Ingrid no están bajo las órdenes de Mengele, más bien al contrario. La consigna es colaboración absoluta cada uno con los demás. En la elaboración de los planes se siguen las directrices del CUARTO. Si hay que improvisar, la palabra postrera y la decisión última la tiene Otto. Éste quiere escuchar otra vez los detalles de la operación, que ha terminado con la eliminación del presidente japonés Akira Oshima.

—No hubo problemas importantes —explica Mengele—, Pushkin cuenta con colaboradores eficientes en la aviación estratégica de su país y algunos generales siguen sus órdenes sin preguntar. Son de los nuestros. Un caza Su80SZ, de nueva generación, salió ayer tarde de la base de Kant, en Kirguizistan, cuyo presidente también colabora, al tiempo que despegaba de Moscú el avión del presidente Oshima, tras el entierro de Krienko. Esos prototipos alcanzan una velocidad de mach cinco y se elevan a veinte mil metros de altura. En minutos se puso detrás y lo siguió a prudente distancia por territorio ruso. Luego, cuando entraron en aguas del mar del Japón, descendió en picado y lo abatió sin que lo advirtieran. Fue tan instantáneo que no hubo posibilidad de que los pilotos del avión presidencial pudieran mandar ningún mensaje de socorro. Se ha achacado el suceso a un accidente cuyas causas se ignoran y se busca el avión en el mar. Esa es una tarea inútil, porque quedó desintegrado por el misil nuclear con que lo derribaron. Por otra parte, el vicepresidente Yuji Endo, ahora presidente, dará órdenes de concluir pronto la búsqueda. Si no lo ha hecho ya.

—Seguro que comienzan a extrañar tantas muertes presidenciales seguidas —apunta Ingrid

—Desde luego —responde al instante Mengele—, pero no pasa de una alarma discreta y todo se atribuye a coincidencias. Las dos primeras muertes fueron consideradas naturales y éste un desgraciado accidente aéreo. Aunque no sea frecuente, cosas así pueden suceder. No hay que preocuparse. Es posible que los servicios secretos de algunos países comiencen investigaciones que no les llevarán a nada. En los dos primeros casos no hay rastro posible. El veneno inoculado por el pinchazo de la pequeña aguja, que los vicepresidentes de Estados Unidos y Rusia clavaron levemente en una zona próxima a la carótida de MacCallum y Krienko, lo he experimentado miles de veces y no deja huella que se pueda detectar. Se piensa siempre en un infarto cardiaco fulminante como causa segura. Y el accidente del avión de Oshima es algo fortuito, muy improbable con las seguridades de los aviones actuales; también achacable a algún atentado terrorista. Y eso, en la situación que atraviesa el mundo, extraña menos aún.

—El asunto sin duda debe alarmar —insiste Ingrid.

—Claro, seguro —tercia Otto—. Pero la cosa no pasará de ahí. Las investigaciones de las agencias norteamericanas las intentará parar Schneider, o al menos las ralentizará y lo mismo harán en Rusia y Japón los actuales presidentes dirán que no hay nada que investigar y son hechos impredecibles en los dos primeros casos; y, en este último, tal vez deje Endo que prosigan algo más por un tiempo para no levantar sospechas, y como es natural llegarán a un

callejón sin salida. No creo que nos debamos preocupar nosotros. Después, será más complicado.

—Así es —confirma Mengele—. Si os parece, ahora nos vamos a separar y ya nos veremos en Pekín, como hemos acordado. Cuando lleguemos a nuestros hoteles, efectuaremos el contacto y fijaremos algún sitio discreto para encontrarnos.

Se despide Mengele y baja el primero a la calle. En Kita Dori, antes de entrar en el hotel, Ingrid se aproxima a Otto y lo besa en los labios, susurrando:

—Tercer asalto y tercer éxito completo. Veremos qué pasa en el siguiente. ¿Crees que será más difícil?

—No lo creo —responde Otto—. Todo está atado y los detalles bien engranados desde el CUARTO.